

Entre las malas inclinaciones que suelen tener los jóvenes americanos, la más común y no la menos perniciosa es la inclinación á publicar revistas literarias.

Apenas hay allá grupo de muchachos acomodados que un día ú otro no salga con su revista, donde los fundadores tienen luego la satisfacción, quincenal ó mensual, de ver impresas sus precoces imbecilidades.

Se me dirá que en todas partes cuecen habas y vanidades pueriles, y no lo negaré; pero tampoco se me ha de negar que es en América donde cuecen á calderadas esas últimas legumbres.

Por acá no se da más que algún caso que otro.

Alejandro Pidal, por ejemplo, cuando era muchacho y estaba al mejor estudiar, se juntó con otros tres ó cuatro chicos, hijos también de moderados pudientes, y juntos

comenzaron á publicar, para irse enseñando á escribir, una revista en papel satinado que se llamaba *La Cruzada*.

¡Así; ni una letra menos!... *La Cruzada*... Yo no sé cómo no tembló la tierra.

El mismo Pidal, cuando ya iba cerca de ser Ministro, fundó otra revista, la *Revista de Madrid*, para desahogarse en ella de la bilis que le hacíamos criar los redactores de *El Siglo Futuro*, esterilizándole el famoso llamamiento á las honradas masas.

Recientemente Emilia Pardo... Pero, en fin, la verdad es que para una Emilia Pardo que funde aquí un *Teatro crítico* poco más que para en casa, hay allá, en América, docenas y centenares de Emilios Morenos que fundan revistuchas literarias *uti vocant*, para ver sus nombres en letras de molde y llamarse unos á otros á boca llena *genios*, ó por lo menos *modernistas*.

Vale Dios que las tales revistuchas suelen vivir muy poco; porque en cuanto se les pasa á los fundadores el letargo de la primera hartura de su vanidad, comienzan á sentir el escozor en el bolsillo y...

Cuatro ó seis meses nada más es lo que suelen tener de vida. Un año cuando mucho. A dos pocas llegan.

Verdad es que tampoco acá las de Pidal pudieron alcanzar esa duración de dos años, ni la de Doña Emilia Pardo Bazán pudo pa-

sar de tres, y aun si llegó fué con muchísimo dispendio de intereses.

Por cierto que el *Teatro crítico* de Doña Emilia murió al medio año no más de hábersele yo profetizado en el *primer montón* de RIPIOS ULTRAMARINOS, y murió disparando flechas contra mí, queriendo imitar á los antiguos parthos, aunque sólo en el disparo y no en la puntería, á Dios gracias.

Y por cierto que yo no me había enterado todavía cuando publiqué el *segundo montón*, ni me enteré hasta poco hace, y eso por un periodiquín de América, que, á solicitud probablemente de Doña Emilia, reprodujo su artículo.

Mas dejemos ahora á Doña Emilia, á quien he de contestar más despacio, y por de pronto Dios les libre á ustedes de sus cuentos y de las revistas americanas.

Verbigracia, de la *Revista Azul*, de Barranquilla, semillero de ripios tan fecundo, que sin escoger, en un número cualquiera, se encuentran los suficientes para cargar un carro.

Figúrense ustedes que tropiezan con el número 10 y le abren, y aun sin necesidad de abrirle, con sólo levantar la azul cubierta, se encuentran ustedes en la portada con una composición titulada *Toque de alba*, fechada en Panamá y firmada por *Adolfo García* (muy señor nuestro), *colombiano*.

Toque de alba...

El asunto promete; pero ya verán ustedes cómo no cumple.

«TOQUE DE ALBA

¡Despertad, despertad!...

Bueno, ya estamos despiertos—me dicen ustedes,—sin necesidad de que se nos llame dos veces... No crea D. Adolfo García que somos aquí tan dormiceros...

Y prosigo:

«¡Despertad, despertad! una voz clama,
Y en tanto, viento, que cantando llevas...»

Como ven ustedes, el poeta no habla con nosotros, sino con el viento, vamos, con el aire, sin duda por no saber el refrán que dice que «al tonto y al aire se les deja en la calle.»

Verdad es que, aun los que le sabemos, también le olvidamos algunas veces.

Decía que el poeta habla con el viento, y comienza levantándole un falso testimonio, pues le dice que canta ó que lleva no sé qué *cantando*, y bien saben ustedes que esto no es verdad, porque el viento no canta.

Lo que suele hacer es silbar, que no es lo mismo precisamente.

Pero como algunos vates también dicen que cantan, y ellos mismos lo creen buenamente así, mientras que en realidad silban ó aullan, de aquí pueden venir ciertas confusiones. Pero

«¡Despertad, despertad! una voz clama,
Y en tanto, viento, que *cantando* llevas
Soplos de *vida* á la *enfermiza* dama,

(Y á cualquiera, aunque no sea dama enfermiza)

Un olor *capitoso* á flores nuevas...»

¿Me preguntan ustedes qué es olor *capitoso*? Pues no lo sé; en conciencia no lo sé. Creo que debe de ser algo así como olor de ripio...

Pero miraremos el *Diccionario*, y así, ya que no sepamos lo que es, sabremos si quiera lo que no es; lo que los académicos digan.

Capil... Capir... Capis... ¡Ya pareció!
«CAPITOSO... ant., caprichudo, terco ó tenaz...»

Bueno. De modo que si la de los académicos valiera, no iba yo descaminado del todo, pues si olor *capitoso* no es precisamente olor de ripio, es olor de vate americano...

Porque ¡cuidado que son tercios! ¡No hay quien los convenza!

Todos los días predicándoles que lo dejen, que lo hacen muy mal, y ellos erre que erre...

«¡Despertad, despertad! una voz clama,
Y en tanto, viento, que *cantando* llevas
Soplos de *vida* á la *enfermiza* dama,
Un olor *caprichudo* á flores nuevas
Por el *cálido* ambiente se derrama.»

Claro que el ambiente, á la hora del toque de alba, no tiene nada de *cálido*; pero tampoco el olor de las flores nuevas es terco ni *caprichudo*, ni el viento lleva solamente soplos de *vida* á la dama *enfermiza*, ni se los lleva *cantando*, ni es probable que ninguna voz clame ¡despertad, despertad! ni nada de lo que en su primera estrofa dice el vate resulta cierto...

Adelante:

«Clava el rey Febo sus saetas de oro
En las crestas del monte...»

Bueno, que las clave. No nos opondermos, ¿eh?

«Clava el rey Febo sus *saetas de oro*
En las *crestas del monte*, y *reposado*
Rumia el *robusto y corpulento toro*...»

¡*Totoro*?... ¡Malo! Esto va muy malo: ese *totoro*, corpulen... *to-to-ro*, revela una falta de oído poético desconsoladora.

Verdad es que ya revelaban esa misma falta las tres erres fuertes seguidas de *reposado*, *rumia*, *robusto*.

Aparte de los ripios *robusto* y *corpulento*, que vienen á ser casi una misma cosa.

Y aparte de la transición brusca desde las *saetas de oro* que el rey Febo *clava* en las crestas del monte, imagen extravagante y mal escogida del amanecer, al *reposado*, *robusto* y *corpulen*... *totoro* rumiante, que nada tiene que ver con las susodichas saetas, y que lo mismo rumiaría aunque no amaneciese.

Porque... no vaya á creer el Sr. García que los *totoros* corpulentos, robustos y *reposados* no rumian de noche.

Continuemos:

« y *reposado*
Rumia el *robusto* y *corpulento toro*,
Mientras el ágil *potro* por el *prado*...»

¡Vuelta la burra al trigo!...

Se conoce que el vate es aficionado á los ternos de letras...

Antes las tres erres... *Reposado*, *Rumia*, *Robusto*. Ahora las tres pes: *Potro* Por el *Prado*.

Allá en los primeros malaventurados tiempos del liberalismo en España, hubo un Gobernador de Madrid muy mediocre, que se llamaba D. Pío Pita Pizarro, y le llamaban el Gobernador de las tres pes.

Así va á haber que llamar también á este Sr. García: el vate de las tres pes.
Pero hay que seguir:

« y Reposado
Rumia el Robusto y corpulen-to-to-ro,
Mientras el ágil Potro Por el Prado
Salta y afina su clarín sonoro.»

¿Que qué quiere decir con esto de *afinar el clarín sonoro*, me preguntan ustedes?...

Supongo que quiere decir que relincha; pero no dice bien, porque relinchando, lejos de afinar el clarín sonoro, le desafina, pues todas las cosas se estropean y desafinan con el uso, y los clarines se enronquecen.

Vamos adelante:

«Bajo las altas y floridas frondas.»

Las hojas no florecen, ¿eh?

«Bajo las altas y floridas frondas
Raudo rueda el arroyo...»

¿No había por ahí más erres?...

Nada... que sigue el hombre empeñado en hacer ternas con las letras más fuertes.
Raudo Rueda el a-Royo... Que tampoco rueda... ¿Qué ha de rodar?...

«Bajo las altas y floridas frondas
Raudo rueda el arroyo, en cuyas linfas...»

Conste que no me han de sorprender las *ninfas*: las veo venir.

«Bajo las altas y floridas frondas
Raudo rueda el arroyo, en cuyas linfas
Mojan sus largas cabelleras blondas
Entre risas y estrépitos las ninfas...»

¿No lo dije?... Pero ¿mojan las cabelleras largas y blondas *entre risas y estrépitos*?...

«Mojan sus largas cabelleras blondas
Entre risas y estrépitos las ninfas
De curvaturas amplias y redondas.»

¡No, que serían cuadradas! ¿Ha visto el vate curvaturas cuadradas?
A ver qué más:

«Y por la verde y húmeda sabaná...»

Bueno: pase la *sabana, verde y húmeda*, naturalmente; estando verde...

«Y por la *verde y húmeda sabana*
Cruza *cantando* la zagala airosa...»

Se conoce que en América todo va cantando: el viento, *cantando*; la zagala, *cantando*... Sin contar á los innumerables vates *cantando*...

«En *tanto*, viento, que *cantando* llevas...
Cruza *cantando* la zagala airosa.»

¡Que Dios les conserve el buen humor!

«Y por la *verde y húmeda sabana*
Cruza *cantando* la zagala airosa,
Mientras tocan los pájaros su *diana*.»

¡Al revés me la vestí!... De los pájaros, que realmente cantan, dice usted que *tocan*. ¿Cuándo ha oído usted tocar á los pájaros?

Verdad es que como había usted puesto ya tantas cosas *cantando*, no se atrevería usted á poner una más, y resultaron los pájaros tocando la *diana* en lugar de cantarla.

¡Cuánto mejor le hubiera sido á usted suprimir el *cantando* del viento, que no canta nunca!

Y luego, ¿para qué puso usted *su diana*?

¿Para echar á perder el verso? Pues lo ha conseguido usted, porque el vocablo *diana* tiene tres sílabas: *dí-a-na*; y reduciéndole á dos, resulta durísimo el verso

«Mientras tocan los pájaros su *diana*.»

Y si hubiera usted suprimido el *su*, dejando

«Mientras tocan los pájaros *diana*,»

hubiera resultado un verso agradable, sin más defecto que el de cambiar malamente el canto por el toque.

«Y por la *verde y húmeda sabana*
Cruza *cantando* la zagala airosa,
Mientras tocan los pájaros su *diana*,
Y en su lecho de mimbres, *voluptuosa*,
Duerme la joven musa americana.»

¡Ay!... ¡Por desgracia, no es verdad! Bueno sería, sí, muy bueno sería; pero no es cierto. La joven musa americana no duerme.

Desgraciadamente, está demasiado despierta, inspirando de continuo simplezas y *voluptuosidades* y majaderías á los jóvenes vates de su país.

Y aun á los viejos.